

EL ENIGMA AMARILLO

El edificio en el que vivo es alargado, alto, vertical, estrecho muy estrecho, como la calle angosta y triste en la que asienta sus cimientos. Hay en esta calle fría y gris, cuatro tiendas discretas y antiguas que luchan denodadamente por mantener con dignidad su pequeño espacio ignorando el polvo del olvido posado en sus estantes. Porque en la calle donde vivo, el tiempo también se ha detenido envuelto de añoranza y de vacío. Esta calle, sobre todo, es una calle de vecinos que viven aceleradamente al ritmo moderno y trepidante de la urbe, en contraste con los adormecidos y estáticos edificios que subsisten de forma extraña, como reductos del pasado, sin ser profanados por las hábiles manos enguantadas de los especuladores. Al fondo de la calle se atisba el futuro monstruoso, prometedor e incierto. Como se trata de un espacio detenido en el tiempo, no hay tráfico ni coches que destruyen el silencio, que como un vecino más, se ha instalado en nuestras vidas.

Los vecinos, a veces, parecen fantasmas que deambulan a las horas más insospechadas y a pesar de la cercanía existente por la calle debido a su estrechez casi llegan a rozarse) a penas hay contacto entre ellos. Eso sí, pervive un acuerdo tácito, indiferente sobre la vida de cada uno, teñido de una sutil desconfianza. Este es el ambiente que respiro, aunque me consta que, en otros tiempos el vecindario era más cordial y cercano. Me llamo Amalia y vivo en este lugar desde siempre, aun cuando no tenía uso de razón. Mi nombre es único, es decir, me llaman sólo Amalia en contraste con otras personas que acumulan varios nombres, debido quizás a un exceso de atención sobre ellas o por el contrario, porque en su indefinición se opta por llamarles despreocupadamente de diferentes maneras, según dicten las circunstancias o el momento.

En el barrio en el que habito, la nota exótica la pone un vecino venido del Este. Como nadie le conoce, y salvo sus rasgos es alguien indefinido, le hemos puesto tres o cuatro nombres por diversión y con la secreta intención de convertirlo necesariamente en un sujeto conocido. Los críos le llaman Jacinto, al que en sus inconscientes bromas le

suman añadidos como "en los sobacos lleva el cinto" o "agáchate que te la endiño", lo que provoca la hilaridad de los chicos ante la sonrisa amable e imperturbable del chino cuando con una leve inclinación a modo de saludo continúa su camino.

Balbina, la vecina de enfrente, le ha puesto Chu-Lin y el señor Severo, el de la tienda de ultramarinos, Fumanchú. Así es como entre todos le hemos ido bautizando, ignorando en realidad su verdadero nombre. Yo he optado por llamarle también Jacinto, porque me recuerda a las flores amarillas que invariablemente vende por otros barrios. Jacinto, con el que a penas he cruzado un saludo, tiene una mirada oblicua, como dormida, desprovista de curiosidad pero con una chispa de sabiduría que escapa bajo sus párpados cerrados. Es un hombre diminuto y silencioso que vive en el sótano del edificio, en una pieza oscura y sin ventanas, donde nadie ni los ágiles chavales que burlan tapias, andamios e inhóspitos rincones, ha tenido acceso al codiciado refugio. Porque si la monotonía tercamente se instala en las ventanas colándose por las rendijas, con una frialdad punzante y abrumadora en forma de escarcha, hay un lugar que en nuestra imaginación no ha sido invadido ni profanado y es la pieza oculta,

enigmática donde duerme, come, defeca, piensa, maquina, urde, trama, actúa, esconde, aguarda ... vive solo Jacinto.

Existe un mimetismo entre el oriental y la calle, es como si viviera camuflado en ella, aunque su origen provenga de China, un país remoto y desconocido, una potencia hermética, sabia, silenciosa y paciente que constituye para Occidente todo un enigma poderoso y temible

Por eso, el chino Jacinto, es un misterio. Nada sabemos de él, la duda invade nuestras vidas monocordes, por lo que la gente desconfía de lo que no conoce y sospecha...

¿Qué turbios negocios esconden estos chinos tras las flores de papel, la música pirata y esa sonrisa permanente como esculpida con un cincel a golpes de martillo?, ¿dónde están los otros chinos, amigos ocasionales de Jacinto?, ¿qué hacen con los que mueren?, dice Balbina que les parten en trocitos, les pican en una moulinex de grandes dimensiones y luego nos les comemos con arroz tres delicias y salsa agridulce. Así que hace tiempo que por sugestión no piso un restaurante chino.

El otro día, en la tienda he oído que los chavales han visto a unos chinos descargando un enorme frigorífico a la puerta de Jacinto. Dicen los chicos del barrio que es para guardar a los que han pasado a mejor vida, es decir; reencarnados en familia feliz al bambú con setas y otras delicias culinarias. Estos chicos son terribles, me entran escalofríos sólo de pensarlo. También se ha extendido el rumor de que hay más ratones y menos gatos, y ya puestos a suponer, el pobre Jacinto debe de vivir en la cámara de los horrores. Así que he decidido saltarme los prejuicios y acercarme, con toda mi buena voluntad, nívoo pensamiento y amplia sonrisa, al chino para descubrir de una vez por todas el insano misterio.

Tras un precario acceso al oriental, he descubierto que Jacinto es un hombre amable, extremadamente correcto, que me recibió respetuosamente, inclinando la cabeza, en el rellano de la escalera con la puerta ligeramente abierta por la que pude atisbar un trozo de sala no muy grande, bastante austera con una especie de alfombrilla sobre el suelo, salpicada de flores amarillas, y asomando un poco a la derecha, un enorme frigorífico abierto en el que reposaban algunas hortalizas y envoltorios de carne transparentes. A los pies de la nevera, desplomado, la mitad de un carrito de la compra semilleno. Más allá de la estrecha ranura, solo percibí oscuridad y silencio.

Para mí, Jacinto sigue siendo un misterio y mi calle una extraña superviviente rodeada de obras y andamios hundidos en esta enmarañada y ruidosa jungla de asfalto sobre la que de nuevo, cubriéndola de sombras, cae la noche.

Reyes Santos